

IRIYARENA



Paréceme que, rodeado de *iruchulotarras*, estoy presenciando la tradicional fiesta de la «soka muturra» y oyendo á aquella gloriosa trinidad de chistularis que siempre ostenta, con legítimo orgullo, la genuina representación del arte popular bascongado; arte que transporta velozmente nuestra imaginación á las distintas fases de la vida, haciéndonos partícipes, sin desearlo muchas veces, de las fiestas «koškeras» que con singular afán se celebran periódicamente en la famosa Donostia.

En tales fiestas, los músicos juglares están obligados á ejecutar hasta la saciedad una pequeña composición titulada «Iriyarena»: atribuida, según Mr. Reviert, á Luis Van Beethoven, el más grande de los artistas, el que introdujo la innovación de producir la impresión de un espectáculo definido, de expresar una pasión ó un sentimiento determinado, rompiendo, al efecto, los antiguos moldes que reducían al divino arte á mero cálculo, á una heterogénea combinación de sonidos, sin otro fin que el de demostrar conocimientos completos de los preceptos del sistemático arte; bien que en ello se tendiera, como dice admirablemente el P. Uriarte, á realizar una armonía, la armonía muerta de los números ó de las figuras geométricas.

Aunque Mr. Reviert atribuye á Beethoven la gloria de haber compuesto el «Iriyarena»: hay, en cambio, muchos y distinguidos maestros que abundan en la idea de que se debe á la pluma de Francisco José Haydn, eximio compositor que estaba dotado de una inteligencia la más insólita que registra la historia de la música, y que, durante los treinta años que permaneció en casa del príncipe Antonio Esterhazy, compuso unas ochocientas obras, grandes y pequeñas, entre las cuales figuran ciento veinte sinfonías, diez y nueve misas, ochenta y

tres cuartetos, veintidos óperas alemanas é italianas, cuarenta y cuatro sonatas para piano y cuatro oratorios.

Examinada la referida composición bajo el punto de vista artístico, y practicado, por ende, un estudio analítico de algunas obras de ambos inmortales maestros, que florecieron en el siglo XVIII, casi puedo aventurarme á asegurar que pertenece al género que cultivó Haydn, y que á él y no á ningún otro se debe la concepción de tan juguetona composición.

Si bien he proclamado á Haydn como autor de la composición «Iriyarena», no por eso se crea que la escribió «ad-hoc» para las fiestas taurinas de la Euskal-erria.

A mi humilde juicio, lo que debió acontecer es sencillamente que algún tamborilero, poseedor de dicha producción, la transcribió para silbo; y á fe que no pudo estar más acertado en la elección y en su aplicación, como diría un celebrado crítico musical de allende los Pirineos.

La composición objeto de estas líneas pertenece al genero popular festivo, y consta de tres partes, cuyas dos primeras, escritas en tono mayor, tiene un movimiento melódico tal que describen perfectamente el brillante aspecto que se ofrece á la vista en el momento en que el «buey» recorre ligeramente la Plaza de la Constitución, sin más objetivo (así creo yo) que el de propinarles una «caricia» á sus sempiternos admiradores.

La tercera parte aparece en tono menor y con una melodía tierna y sentimental que expresa de un modo admirable el profundo dolor causado á los espectadores de la «soka muturra» cuando algún «to-reatzalle» es lesionado y llevado á su casa domicilio, ó al hospital municipal.

He ahí descripto á grandes rasgos el origen, aplicación é importancia del «Iriyarena» que hoy forma parte del popular ramillete musical de este país.

JUAN JOSÉ BELAUSTEGUI.

